

XVI. Guiomar Cuesta y Alfredo Ocampo: *Antología de mujeres poetas afrocolombianas*.

XVII. Rogerio Velásquez: *Ensayos escogidos*.

XVIII. Manuel Zapata Olivella, *por los senderos de sus ancestros. Textos escogidos*.

XIX. *Manual introductorio y guía de animación a la lectura*.

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR

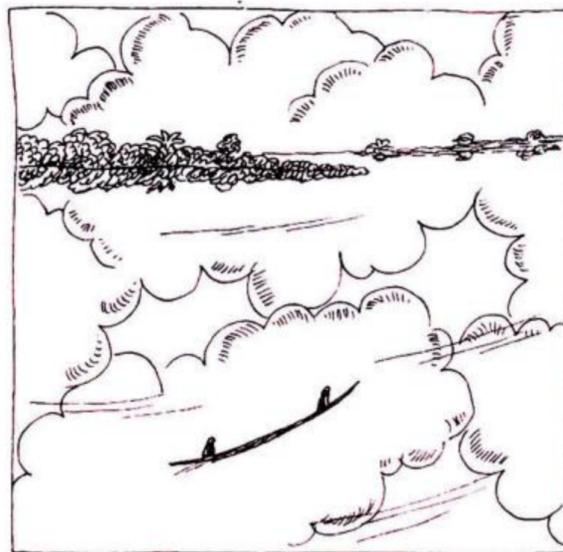
Alma situada

Al pie de la letra

John Galán Casanova
Universidad Externado de Colombia,
Facultad de Comunicación Social-
Periodismo, Colección Un libro por
centavos, Bogotá, 2008, 71 págs.

Esta antología reúne poemas de tres libros y recoge cinco composiciones de un conjunto inédito. El tema obsesivo de muchos poemas, ronda que te ronda, nos devuelve a los veintitrés años originales de Galán Casanova y a la caída (un edén para el vecindario) del Almacén Acosta. Las letras que no están en ese primer título de 1993 y la vocal que le falta al segundo (*ALMAC N AC STA / El coraz' n portátil*) se corresponden con dos elementos de importancia sutil. Por un lado, la calidad de bocetos (o series) de dibujante que tienen algunos textos; por otro, el estado anímico que destilan. Esta voluntad, dice el poeta, de “nombrar los dolores” (pág. 7), nos permite trazar un mapa interior: “la confusión de culpa y afecto / al advertir la muerte / en la menguante humanidad del abuelo” (*Escrituras*, 4, pág. 8); “los motivos de una feraz melancolía” (*Cavilaciones de viejo*, 3, pág. 9); “Es preciso una tristeza / que lo traiga a uno de regreso [...]” (*ALMAC N AC STA*, pág. 20); “Ningún recuerdo le calza / a la situación actual de mi alma. / Ni la nostalgia / ni el hastío / me de-

paran la posibilidad del pasado” (*Pródigas*, 3, pág. 21); “[...] la ansiedad / que me incitó a partir un día” (*Pródigas*, 4, pág. 22). Si el mapa sentimental es la pérdida, la escritura poética se detiene en las cosas para constatar que, pese a la palabra que las recrea, el vacío en el pecho (el nido portátil, entonces) rige esa voluntad¹. Elegíaco a más no poder, el yo se clava —en una serena inmolación a lo Drácula— la estaca del recuerdo amoroso en cuatro poemas notables: *Poema de la primera vez* (págs. 34-35), *Poema de la única vez* (pág. 36), *Poema de la última vez* (pág. 37) y *Del amor muerto* (pág. 38). Los versos, de un pragmatismo irónico (“El amante difunto / no tiene ventanilla de reclamos”, pág. 38), no pueden ser indiferentes al dolor. El libro que los acoge, *El coraz' n portátil* (1999), ofrece distintos estudios de la pasión, la posesión, las posturas².



En *Celebro los tejados*, poema del primer libro, hallamos una imagen visual (“Han talado un árbol”, pág. 15) que remite a las composiciones inéditas que el presente conjunto anticipa: *Árbol talado*. Son cinco las ofrendas de la intemperie: un árbol “a la deriva / los muñones a cielo abierto” (pág. 66); un pájaro que murió en la acera y después continúa —guiño a Milan Kundera— en el retrato que le hace un pintor (“la calma, / las alas plegadas, / el plumaje sin brillo, / la soportable levedad / del ser”, pág. 67); una camisa (¿sangrienta, inocente?) ondea en la cuerda (“bandera / de una patria venci-

da”, pág. 68) después de un asesinato; en una mesa, “como una taza humeante / el poema servido” (pág. 69) sigue alimentando al mar de la lengua. Y de cierre un exacto testimonio (vivo en la muerte, muerto en la vida) sobre la permanencia: “Soñé mi epitafio. // No tenía lápida / ni tumba. // Era una simple nota / pegada con cinta / y decía: // *Estoy en la biblioteca*” (*El inmortal*, pág. 70).

Es un poema que, como el alma a la deriva, en la minuciosa tarea de acumular sus talismanes, ha de sobrevivir. Las hojas de todos los árboles de la biblioteca le pisan los talones. Obligado está, ni más ni menos. La “caída” en la historia ha tenido, me parece, magníficos frutos.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. Lo sabemos por una imagen que viene de la aviación: “La memoria es una caja negra” (pág. 32); “sobrevivir entonces / un instante en que la caja negra se abre / y retiene para siempre / un olor, un gesto, algún escorzo del cuerpo” (pág. 34). Corazón de fragmentos recuperados.
2. Y además un cuento en verso: *Sobre los contestadores telefónicos* (pág. 41). Incluso cuando describe y se resiste a “contar”, como sucede en *Escenas de parque*, 3, perdura un aliento narrativo y de inmediatez: “Hablo por ejemplo / de la curtida amistad de dos mujeres / que acostumbran callejear la vecindad [...]” (pág. 17). Al respecto, véase la reseña sobre *Ay ya* (2001) en el Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República, Bogotá, vol. xli, núm. 66, 2004 (editado en 2005), págs. 78-80.

Biblia de pobres para lectores de poesía

Biblia de pobres (*Biblia Pauperum*)
Juan Manuel Roca
Visor Libros, Madrid, 2009, 84 págs.

Biblia de pobres, de Juan Manuel Roca, no es un libro más de poesía en Colombia, país que tradicionalmente

se hapreciado, con vano acento, de sus bardos y de su lírica. No se puede negar, claro está, que esa tradición ha pasado de ser un casi ridículo remanente de una clase social y de una crítica que en un tiempo se creyeron la fábula de ser unas castas privilegiadas de la cultura, a lo que ahora, hace años, es el hecho nítido de que la poesía de nuestro país se hizo a un puesto de consideración en el concierto hispanoamericano (y aun en otras lenguas, por qué no) porque dejó de lado el tono grandilocuente y el verso heredado de tradiciones empapadas en patriotismos, loas insulsas a naturalezas muertas y romanticismos amorosos de antier o trasantier.



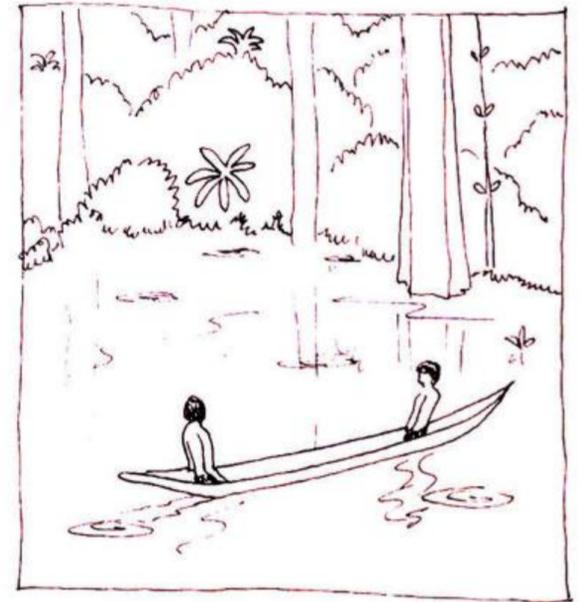
Roca es uno de los poetas que primero mostró su descontento de conformar una generación que sustentaba sobre sus hombros esa gris herencia y que puso en su voz un acento propio, aupado sin duda por un grupo importante de voces que le antecedieron y que ya mostraban el rigor y la belleza de lenguajes que conectaban con los hombres contemporáneos de tiempos y estéticas que cambiaban y pedían, por tanto, nuevas obras (Silva, Aurelio Arturo, Luis Vidales, Álvaro Mutis, Gaitán Durán, Fernando Charry Lara, Héctor Rojas Herazo), y conectado a sus propios heraldos, aquellos convocados en sus pesquisas y lecturas, producto de las indagaciones y complicidades que tienen lugar en espíritus alzados en desobediencia que buscan su propia voz tanto en el emocionante tráfigo de la vida,

como en las voces de importante resonancia de aquí, de América, y allende los mares: César Vallejo, Vicente Huidobro, Enrique Molina, Rafael Cadenas, Borges, Gonzalo Rojas, René Char, Paul Celan, Lautremont, Baudelaire, Rimbaud...

Si uno hace un paralelo entre *Señal de cuervos* y *Biblia de pobres*, dos puntos clave (uno del principio, otro de ahora) en el camino de títulos de poesía del autor antioqueño (unos veinte, creo), encuentra que su voz guarda características comunes en sus registros; que sus imágenes se deben profundamente a la ensoñación y a la noche, y que la ironía y la sátira son fundamentales en una poesía que, al fin, se debe a un bagaje indiscutible de culturas, de historias asimiladas de otras literaturas y otras geografías; de todo aquello que, como en Borges, constituye la ficción ilustrada, con el ingrediente inapreciable del humor que reviste todo de nuevos bríos y de nuevas atmósferas. Roca escribe una poesía rica en imágenes, sugestiva, erótica, sensual, amorosa, verbal, hecha para el goce de los sentidos sin dejar de lado el tramo oscuro de la razón, allí donde los poderes y la pobre condición humana le provocan más ironías que rabias o libelos.

Reza la explicación de *Biblia Pauperum* (Biblia de pobres): "Grabados en madera con breves leyendas en latín (o en alemán) que se imprimían en el siglo xv". Los poemas de Roca en *Biblia de pobres*, claro, no son analogías o referencias de las imágenes y textos del Nuevo y el Antiguo Testamento, que eran aquellas Biblias. Son, a veces, recuento de harapos y de llagas, y son la alegoría de la mugre y el olor de los pobres; el rictus carnavalesco del pueblo que nada posee, más que su locura y su metáfora del alma humana. En muchos de estos textos el autor evoca con precisión escenas del trasmundo, la gesta del hambre y del duro humor que suscitan los extremos: "Por carecer de flechas / Los mendigos / Arrojan / A los nobles / Sus propias heridas [...]". Por aquí andan, cómo no, detrás de bastidores, el Bosco, Goya, Millet,

pintores caros al poeta, pero, sobre todo, pintores que dejan ver sus paletas y sus punzones urticantes, la mirada que fijaron sobre mundos aterrados, sobre vidas torvas y sobre el hambre de la muerte.



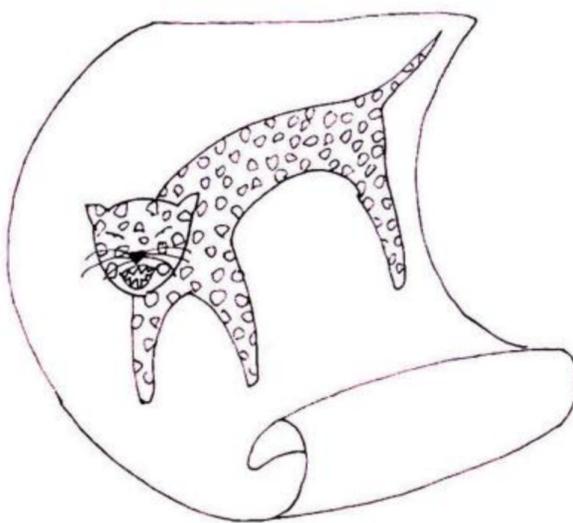
En *Biblia Pauperum* (poema que da título al libro), el rencor lo consume todo, invade calles, casas, "un país de lunas erizadas"; "El rencor que arrastró legiones de nombres a la hoguera, / Viene rompiendo esclusas, / Un pasado de virreyes de harina / Y sacerdotes que venden llagas puerta a puerta". La poesía ajusta cuentas con iglesias y sacerdotes que portan las antorchas de odios, venganzas y prejuicios. La poesía desenmascara y corre velos. Las doctrinas incuban el rencor y el miedo, son "Como un gran viento, / Como los potros de las olas / Que asaltan las casas / Y las arrastran al olvido [...]". Pero el poema toca raíces de belleza y por ello: "He aquí al muchacho que no despega sus ojos / Del Ángelus de Millet / Para no sentir los pasos del rencor [...]" (Lector, no te pierdas el Ángelus de Millet), y busca refugio ("El hombre no soporta demasiada realidad": T. S. Eliot) en los amigos: "En ciudades asediadas por sí mismas / Entro a la estación de los amigos / [...] Los amigos, una cuota de cielo [...] / En la patria del rencor".

Aunque este poemario de nuevo cuño de Juan Manuel Roca no comporta una estricta unidad temática (lo que a veces preocupa tanto a jurados de concursos y a críticos que

buscan sobre todo grandes temas de qué hablar, suerte desdichada de sociología del arte), andan por él, como por todos sus libros, sus indiscutibles dotes inventivas que mucho tienen que ver con una privilegiada imaginación que lo hace darle vuelta a la realidad de afuera para construir la suya, por la cual, a su vez, se pasean de arriba abajo el gracejo y la ironía como dos duendes que el autor toma de la mano y conduce por sus versos. A Roca no le interesan tanto las metáforas ni en general las figuras retóricas que se ufanan de un lenguaje poético, sino la perspectiva desde la cual los temas que va hilvanando nunca renuncien a golpear en la testa del poder y en las soterradas mentiras de la historia y de las “versiones de los acontecimientos”: “[...] No fue real / El vibrante general siempre trepado en un caballo / Que hoy puebla las plazas de bronce / Y los óleos descascarados de las alcaldías [...] / Acaso todo fuera, / El río, los pájaros migratorios, / El general aferrado a su caballo, / La celeste botánica, / La diosa recostada en las terrazas del agua, / El suave poeta que mezclaba / A su tedio gotas amargas, / El dibujante de un reino del oprobio / Y el galope de mariposas en el aire, / Una invención de los cronistas, / La vaga niebla de un país / De improbable existencia” (*Crónica de los cronistas*, págs. 40-41).

Los versos de Juan Manuel Roca se oyen como una risa, entre estentórea y dibujada, que proviene de un ser atemporal, personificación de la burla y la ironía, provisto de palabras punzantes que dice lo que dice como alertando de la insulsez, del estólido poder, pero gozón y risueño por el placer del amor y de los amigos. Así, más cerca de la fábula que de la lírica, la poesía de Roca cuenta, enmaraña, inventa, acude a la parábola y a la crónica; narra —investido de juglar— las pequeñas perplejidades del día, pero también la historia que denota hondura y deviene lección de poesía: “Tras perseguir / A los paseantes / Que no tenían // Tiempo de escucharlo, / El hombre / Trajo del desván / El viejo

/ Sillón de la familia, / Sacó de su abrigo / Un cuaderno manoseado / En tiendas y graneros / Y se acomodó las gafas / En medio de la porqueriza. / Los poemas que leía / A la piara de cerdos / Hablaban de Dios” (*Parábola del desierto*, pág. 16). Uno ríe con este poema porque es visual y en él subyacen la sutileza y la gracia, no obstante su sentido es trascendente y planta una bella sentencia de amor, aunque parezca hablarnos de un algo religioso.



Biblia de pobres ganó en 2009 el IX Premio Casa de América de Poesía Americana que se concede en España y, de contera, fue publicado ese mismo año en una de las finas ediciones de la también española Colección Visor de Poesía, hecho que corrobora lo que al principio decía: la buena poesía colombiana contemporánea considerada con aprecio allende los mares. En la revista literaria Quimera de Madrid (núm. 312, noviembre de 2009), Jaime Rodríguez, en una breve reseña dice que “[...] *Biblia de pobres* confirma lo que hace años se sabe al otro lado del Atlántico: que Roca es un poeta mayor de la lengua. La sensualidad de su lenguaje, su semántica maleable —que exhibe de manera ejemplar en ‘Las enfermedades del alma’—, el viento de guerra que sopla en sus páginas, el halo medieval al que nos convoca desde el título, dan a este poemario un tono de revisión histórica o de fundación cercano a una poética: ‘La poesía es un sueño provocado. / Un potro escondido en un buque de niebla [...] La cava de tu voz untada de apio o

de canela’. Visor incluirá a Roca en su colección Palabra de Honor”. Honor merecido para Roca esta última noticia, sin duda. Y que sea un poeta mayor de la lengua lo dice ahora alguien no sólo con autoridad para decirlo sino que no funge de áulico ni de retórico local. Como tampoco lo son quienes en Sevilla, en el *blog* Premios Estado Crítico, le concedieron en 2009 ese reconocimiento en poesía. Dicen que Roca “[...] extrae tesoros insospechados del lenguaje. Valga el galardón como muestra de asombro y gratitud”.

Biblia de pobres puede ser un punto alto en la poesía de Juan Manuel Roca, tal vez; la madurez definitiva de su voz. Pero no debería hablarse así de un poeta que parece siempre al filo saludable del comienzo porque no le teme a los juegos de la lengua, ni al humor que todo lo conserva con innegable vitalidad, hasta la muerte; un poeta, en fin, que reinventa en el poema las muchas expresiones del arte y que ha hecho de su lenguaje una enseña voluptuosa, de textura maleable y rica semánticamente, como es la materia de los sueños.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

La poesía no es un espejismo

Los ojos de los árboles.

Espejos y espejismos

Juan Fernando Romero Tobón

Trilce Editores, Bogotá, 2010, 127 págs.

Si bien todos tenemos derecho a decir y a escribir lo que pensamos, o lo que creemos que es más que pensamientos: arte, por ejemplo, literatura y, más aún, poesía, también es justo que, al publicar algo de todo aquello, nos cercioremos de que nos acompaña una dosis importante de autocrítica; es justo y necesario que decantemos lo que creemos —quizá a la ligera— que es arte. No hay